

COLUMNA, por Bruno Patino

(1) Ocurrió en Rexburg, Idaho (EE. UU.). Las autoridades de este pequeño pueblo de 26 000 habitantes decidieron hace unos años prohibir que se consultase el móvil al andar, esa actividad que tiene un nombre nuevo y al mismo tiempo extraño: *twalking*, una



5 contracción de *texting* ('escribir mensajes') y *walking* ('caminar'). Demasiados accidentes; a menudo ridículos, a veces fatales. En Idaho comenzó la caza a los sonámbulos en que nos hemos convertido, esos títeres que cruzan la calle con la mirada fija en el teléfono, desafiando a los coches que llegan, o que se chocan con el peatón de enfrente cuando caminan por las aceras.

10 (2) Una libertad menos, dirán aquellos que temen las reglas que rigen nuestro comportamiento en nombre de la salud pública y la seguridad personal. ¿Y si fuera al revés? A veces, la regla libera. Ahora todos avanzamos con la cabeza agachada. Sin embargo, recuerdo un momento en que mirábamos hacia arriba, sin siquiera darnos cuenta. Formo parte de una generación que todavía podía

15 pasear sin auriculares en los oídos y sin la pantalla encajada en la palma de la mano, que podía caminar con las manos en los bolsillos, y cuyo pensamiento pasaba de lo importante a lo insignificante, de lo personal a lo universal, del presente al recuerdo y de la emoción a la meditación. Los filósofos lo saben: caminar es pensar en movimiento. Era un regalo y no lo sabíamos. Era un don y

20 todavía nos cuesta calcular la magnitud de una pérdida que nos afecta a todos.

(3) Hemos permitido que nos encierren, pieza por pieza, y nuestros paseos se asemejan ahora a los recorridos de los robots. Primero, nuestros oídos acogieron el *walkman*. Al permitirnos escuchar lo que queríamos, dejamos de escuchar lo que el mundo, la naturaleza y el viento tenían que decirnos.

25 Entonces llegó el turno de los ojos, con la pantalla retroiluminada del móvil. Y ahora los algoritmos se han apoderado de nuestros cerebros. Las grandes plataformas utilizan la neurociencia para hacernos dependientes de las pantallas y lograr que pasemos el mayor tiempo posible en sus servicios. Nos solicitan una y otra vez (alertas, compartir, me gusta, notificaciones de mensajes).

30 Respondemos, encantados de darle a nuestro cerebro la recompensa que recibe cada vez que responde a un estímulo inmediato. Lo que solía ser un paseo por un camino desconocido, hoy en día se parece a un viaje mecánico en el encierro de una pecera.

(4) De modo que sí, olvidemos el *twalking*. Y redescubramos esta práctica

35 antigua que sigue a nuestro alcance: caminar con las manos en los bolsillos, la mirada perdida, el humor cambiante. El teléfono apagado en el fondo de la mochila. Desconexión temporal para reencontrarnos con el mundo, con los demás y finalmente con nosotros mismos.

adaptado de: <https://elpais.com>, 24-08-2020